

LOS MARCADORES DE COCA

La cocaína es un alcaloide, o sea una de esas **800** sustancias orgánicas cristalinas que se encuentran en diversas plantas y que constituyen violentos venenos para todos los seres vivientes.

La cocaína obra sobre el protoplasma, es decir sobre el propio cuerpo de la célula. Paraliza los microbios e infusorios, así como también las células de los vegetales y de los animales, pero tanto en estos últimos como en el hombre, la cocaína ataca más especialmente a todo el sistema nervioso: el cerebro, la médula, los nervios y sus terminaciones. Disminuye la sensibilidad, con lo que se experimenta una impresión de ligereza en el cuerpo y de **liberación** en el espíritu. Administrada localmente en dosis elevadas, la cocaína permite las operaciones quirúrgicas más grandes y más dolorosas.

Los primeros efectos de la cocaína sobre los centros nerviosos son muy diferentes de los que ejerce la morfina, que es el alcaloide de la adormidera. Esta produce como un adormecimiento y también una sensación de sosiego, mientras que aquella **aumenta** la rapidez de las reacciones mentales. El morfinómano es un ser contemplativo, reconcentrado y, en cambio, el cocainómano es un ser activo que quiere afirmar su personalidad y vencer en el mando exterior. Así, pues, la morfinomanía es un vicio solitario y la cocainomanía un vicio social cuyos adeptos forman grupos animados y toman juntos dicha droga. Desde este punto de **vista** se parecen a los consumidores de bebidas alcohólicas y son los antípodas de los silenciosos y melancólicos fumadores de opio. Los morfinómanos son capaces de toda clase de mentiras y engaños y los cocainómanos cometen actos de violencia.

Con el hábito y tomando dosis cada vez mayores, no tardan en aparecer los funestos efectos de la cocaína; se pierde la voluntad, el carácter se vuelve antojadizo, desaparece el sueño y se tienen alucinaciones; en la piel se siente toda clase de picores y desazones, como si entre ella y la carne hubiese innumerables insectos; el eczema y la furunculosis atormentan al cocainómano *que* acaba por ser presa del delirio, de la demencia y de la consunción. La cocaína produce más rápidamente que ningún otro veneno la degradación **física** mental y moral.

La cocaína se extrae de las hojas de la coca del Perú, arbusto ■ que mide de dos a tres metros de alto, procedente de las regiones andinas de dicho país, de Bolivia y Colombia. Crece entre los 700 y 2.000 metros de altitud. Pero hoy día es la Malasia, a donde fue transplantado, el país que da la mayor parte de la producción. La recolección se hace tres o cuatro veces al año. Las hojas son ovala-

-tías, de tres a cinco centímetros de largo, por dos o tres de ancho. Estas hojas se han encontrado en América del Sur en tumbas que datan incluso del siglo XIII. Entonces como ahora, se recogían con cuidado, pues ha de evitarse el romperlas, y se secaban al sol. En los vasos Quichua (Perú) y Chibcha (Colombia) pueden verse reproducidas con arte las alforjas de cuerto trenzado (chaspá) en ■ que todavía se llevan las hojas, así como una especie de cantimplora o recipiente de cuello largo (poporo) que contiene cenizas de plantas o de huesos, conchas marinas pulverizadas- o cal (Ilipta) : dicho recipiente quedaba cerrado con el pomo de un estilete. Introduciendo éste, el indio sacaba algunas partículas de tal mixtura, con la que hacía una bolita (cocada) juntamente con las hojas que mascaba. Hoy día se ha reemplazado este sistema por una simple varilla o palillo, a menudo hueco.

Esta bolita, compuesta de unos 15 gramos de hojas, se mastica durante una o dos horas, a razón de seis a ocho al día, cuando se trata de emprender una ascensión penosa, una larga marcha o un trabajo extenuante.

La cocaína contenida en esta mezcla adormece la sensibilidad de la piel, de la boca y del aparato digestivo y excita al mismo tiempo los centros nerviosos, lo que procura una sensación de bienestar, de ligereza y de fuerza. No se siente el cansancio, ni el hambre ni la sed. Los opiómanos del Oriente obtienen resultados análogos con la acción de la morfina. Pero esas drogas no procuran en realidad ninguna fuerza y se limitan a hacer desaparecer sensaciones que constituyen señales de advertencia para el organismo. Por consiguiente, se paga su uso con el agotamiento de las reservas vitales y con trastornos graves de la salud.

Los marcadores inveterados (coqueros) adelgazan y sufren lesiones en el hígado. Tienen el aspecto de ancianos y con frecuencia acaban siendo presas de la consunción, de la locura maniaca o de la demencia.

Desde los tiempos de la colonización se vienen haciendo esfuerzos perseverantes para desarraigar ese hábito, pero todavía no ha dado los resultados que merecen.

No hablaremos de las medidas que incumben a las autoridades para luchar contra este mal social.

Pero al lado de la acción oficial es indudable que los métodos modernos de enseñanza popular serían particularmente valiosos y eficaces.

■ Para la Cruz Roja y también para la Cruz Roja de la Juventud, que, como es sabido, se han especializado en difundir enseñanzas útiles y costumbres sanas, se presenta una ocasión de prestar un nuevo servicio a la fallida pública. En una de sus resoluciones, la *IV* Conferencia Panamericana de la Cruz Roja, celebrada en Santiago de Chile, en diciembre de 1940 no ha dejado de llamar la atención de las Sociedades de América Latina sobre dicha cuestión.